

FILOSOFIA RETROGRADA

Por MICHAEL LANDMANN

(Traducción: Ramón Castilla Lázaro.
Original: "Retrograde Philosophie", ensayo incluido en la obra *Skizzen*, próxima a publicarse.)

I

LA razón no sólo conoce el mundo cada vez mejor: también proyecta ideas como la de justicia y la de paz. Mediante la razón, la naturaleza se hace dominable, y la sociedad humanizable. Pero es la filosofía la que afila los métodos y da expresión a sus resultados. La filosofía está, pues, del lado de la razón y, por tanto, de la ilustración, la progresividad.

Así es como parece. Pero sólo condicionadamente acaece así. La filosofía busca los *arkhai* — por eso se le ha llamado también "arqueología". Desciende a la profundidad de los fundamentos. A partir de ellos, en tanto antecedentes —aunque en este "antes" no haya que ver también un origen temporal, como en la filosofía presocrática—, explica los fenómenos como lo condicionado. Esto no significa necesariamente que también desplace el mayor peso ontológico hacia lo condicionante. Pero hay dos cosas que están implicadas, como un principio inmanente, en la filosofía: el que el regreso a los principios, al *a priori*, se convierta en un retroceso a lo más viejo, y el que lo más viejo aparezca como lo más genuino y verdadero frente a lo que, a partir de ahí, se explica como lo derivado. No es casual que Kant, quien fue un ilustrado, pudiera proporcionar también el fundamento del Romanticismo. Sólo la filosofía "utópica", que no pregunta por el de dónde y de qué, sino por el hacia dónde, no sucumbirá tan fácilmente a esta tendencia a transformarse en lo regresivo.

Otra función de la filosofía es la anticipación de totalidades, en cuyo marco se mueve después la experiencia singular, inclusive la de las ciencias. Pero también aquí amenaza un innato peligro

de resbalar. Consiste en la creencia de poseer ya la totalidad intemporal y definitivamente. Nos cosificamos y endurecemos en ella. Entonces, la filosofía se convierte en "cápsula" cosmovisiva. Frena la experiencia nueva, cesa de acoger la ya hecha y se queda a la zaga del presente. Pero, además del peligro, la filosofía contiene también el impulso que le sale al paso. Acogiendo la experiencia nueva, la filosofía modifica la anticipación de totalidades ya realizada y vuelve a repercutir sobre la experiencia, trazándole el camino.

II

Con gran frecuencia, la praxis, la vida cotidiana, la creencia promedio, la ciencia, son más progresistas que, precisamente, la filosofía, la cual conserva estilos de pensamiento y convicciones más viejos. Pues aquéllas aprenden de la dureza de los hechos, mientras que la filosofía siempre contiene, además, un momento especulativo. Se mueve en generalidades altísimas que eluden el control inmediato de la realidad y que, lógicamente también, son, a pesar de todos los esfuerzos, tan indemostrables como irrefutables (de ahí que haya numerosas escuelas unas junto a otras). En estas generalidades se refugian por ello los arcaísmos que ya no se atreven a dejarse ver a la clara luz de la *empiria* y de los argumentos racionales. En la trasposición alejadora efectuada por la abstracción encuentra todavía un refugio lo ya refutado concretamente. Entonces, bajo la máscara de la racionalidad, la filosofía seduce porque, en realidad, libera en nosotros, expresándolo de otro modo, lo que estaba preso y condenado al silencio.

Puede que esto no radique, o que radique sólo parcialmente, en la "esencia" de la filosofía: también hay una "filosofía ilustrada". Pero, igualmente, hay una contrailustración filosófica, en parte proveniente de sus propias tendencias, en parte porque otras tendencias se sirven de ella. La aproblemática autoordenación de la filosofía en la línea progresiva de la humanidad es una de sus típicas conclusiones precipitadas. Adornarse con fundamentos racionales, ofrecer el *parti pris* como resultado de una inferencia, ufanarse como filosofía, son cosas que lo retrógrado aprende con facilidad. Busca la filosofía, porque sólo en ella tiene todavía una oportunidad, porque sólo ella le da la buena conciencia.

El Yo sufre bajo la resistencia que le opone el mundo. Su deseo primigenio es que el mundo esté ordenado de acuerdo con él y sea dirigible por sus necesidades. Conocemos este deseo a partir de la vida anímica infantil y primitiva ("omnipotencia de los pen-

samientos”). Pero el principio de realidad lo corrige. El Yo tiene que aprender que no es el mundo el que se ajusta a él, sino que es él quien se tiene que ajustar al mundo, y que sólo lo puede doblar mediante el conocimiento y el aprovechamiento de lo dado. Únicamente en la filosofía, con Fichte, logra ese deseo presentar como verdad la relación entre Yo y mundo tal como la sueña. El Yo en Fichte se “pone” su “No-yo”. Ciertamente que, con ello, la resistencia del mundo se da de inmediato otra vez, pero como algo querido. Buscar la unidad por encima de los opuestos es, ciertamente, una tarea genuina de la filosofía. Y también lo es reencontrar en la naturaleza los principios de la razón humana, edificar aquélla sobre éstos. Lo curioso, sin embargo, es que estas estructuras genuinamente filosóficas se convierten, en Fichte, en un puente sobre el cual lo incoativo del mundo de sombras del alma hace su entrada en el mundo superior de la decibilidad y la credibilidad.

Igual que bajo la oposición Yo-mundo, el hombre sufre también bajo oposiciones de dentro del mundo, bajo las disarmonías del mismo. También aquí vuelve a ser una forma de pensar filosófica la que viene en su ayuda para penetrar subterráneamente tanto esta realidad como la del sufrimiento que causa. Lo que se nos muestra, dicen los metafísicos, es sólo apariencia de algo completamente distinto, oculto detrás de ella, superficie de una profundidad que puede ser exactamente opuesta a ésta. Por esta forma de pensar, en sí legítima, se puede explicar también: detrás del cambio, que tanto nos fatiga y perturba robándonos lo amado, se encuentra en realidad el reposo; detrás de la pluralidad está, también aquí, la unidad (Parménides); detrás de los opuestos, la armonía; detrás de la aparente imperfección del primer plano, un sentido invisible. El todo es divino; lo contradivino, irreal. Mientras esta idea de la perfección, surgida tanto de un anhelo primitivo como de la razón, pudo tornarse en estímulo para su imposición en la realidad, en cuanto algo futuro, la metafísica de la unidad y la de la perfección la declaran eterna y ya existente en un mundo más propio y trascendente. Y así se revela como una metafísica del mal o consuelo. La metafísica, nacida para descubrir la realidad más verdadera, se pone al servicio de la huida ante la realidad. El reproche frecuentemente injusto que se le ha hecho a la filosofía como un todo, que no es más que religión superficialmente racionalizada, es acertado entonces. Fue Schopenhauer, calumniado de reaccionario, el que descompuso esa arrulladora y pérfida identificación del *esse* con el *bonum*.

Pero precisamente Schopenhauer no está, por otro lado, a la altura de su tiempo: después que Descartes había demostrado que la *extensio* se tiene que comprender desde principios completamente distintos de los de nuestra vida anímica, y después que la ciencia natural logró sus primeros éxitos siguiendo este lema, Schopenhauer cede una vez más a la tendencia a sacar conclusiones sobre los fundamentos del mundo a partir de lo que encontramos en nosotros mismos como fundamento del alma.

III

Si, por un lado, la filosofía llega a ser retrógrada aliándose a las capas psíquicas oprimidas (con razón), también llega a serlo, por otro lado, en alianza con las capas sociales dominantes (sin razón). Incluso cuando no surge como ideología para apoyar a los que dominan, éstos se cuidan de que, entre las filosofías en boga, se imponga la más apropiada para proveer tal función de apoyo.

La sofística, que declaró convención la moral existente y, con ella, la diferencia entre libres y esclavos, quedó sin sucesores; vencieron pensadores conservadores, como Platón y Aristóteles, que anclaron lo bueno y, por tanto, la jerarquía social en una Forma eterna. Los sofistas ya conocían la fuerza creadora individual y el progreso histórico; Platón limita mediante la Idea, lo creador y lo individual, y piensa estáticamente. Mientras su discípulo Alejandro fundaba un gran imperio en consonancia con las ideas de la época, Aristóteles se aferra todavía al modelo de la *polis*, donde un heraldo alcanzaba con su voz a todos los ciudadanos con derecho a voto. Habla de “esclavos por naturaleza” y da a Alejandro el inhumano consejo —que éste, más moderno, no siguió— de tratar a los persas conquistados, no como a hombres, sino como a animales o plantas. Los herederos revolucionarios de los sofistas son los cínicos: hay que restablecer un estado natural en el que también desaparezca el arriba y el abajo. La libertad externa la poseerá cada uno; la riqueza material, ninguno; pero los hombres se diferenciarán en la libertad de apetitos y en la riqueza en virtud. De inmediato, la *stoa* transforma este programa subversivo, de manera que deje de ser peligroso para el orden social existente. Ciertamente, dice también esta escuela, lo importante son los bienes interiores, espirituales. Pero, precisamente porque sólo ellos importan, se puede dejar intacta la repartición externa de los bienes, a través de la cual se extiende el verdadero orden: el señor puede, visto

filosóficamente, ser esclavo y pobre; el esclavo, libre y rico. Con ello, la sofística y la escuela cínica están aparentemente conservadas en su tesis principal, pero, en sus efectos, están desinfectadas. La *stoa*, lo mismo que dejó intacta la estructura social, afirmó el Estado contra el individualista Epicuro y, mediante la alegoría, la religión y la poesía mitológica. Por ello también encontró en reciprocidad, el reconocimiento del *establishment*, mientras que los epicúreos fueron expulsados de Roma.

La misma relación que entre el cinismo y la *stoa* existe también entre el mesianismo de la creencia en el más allá, la apocalíptica, para la cual el reino de los cielos aparecerá en la Tierra al final de los tiempos, y la *gnosis*, según la cual cada individuo puede atravesar ya ahora las ofuscaciones mundanales y comunicarse con lo Uno; ocurriendo, por cierto, que la *gnosis*, al revés que la *stoa*, no brota de la afirmación del estado en que se encuentra el mundo, sino de la desesperación ante su inmutabilidad. El método de traición y desarme es siempre el mismo: la idea de cambiar realmente el mundo, cambio que trae contra el ahora un después temporal, es irrealizada, convirtiendo al tiempo en indiferente, mediante la metafisización de la consumación esperada y mediante la espiritualización interiorizante de nuestra relación con ella. Si la consumación reside eternamente en el núcleo de las cosas, ya no es algo futuro que tenga que ser esperado y realizado.

El quiliasma de la espera es vencido por San Agustín: ¡La *civitas dei* ya existe aquí! No es el nominalismo, cargado de explosivos, el que alcanza a ser la filosofía oficial de la Iglesia, sino el conciliador tomismo. La fama de Descartes reside en que encontró una fórmula que dio a las ciencias naturales su razón y, a la vez, trazó una frontera, quitándole a la fe el miedo a aquellas. Para los poderes dominantes también fue aceptable el conciliador Leibniz, quien de la metafísica mecanicista, negadora del espíritu en la naturaleza, hace simplemente *un système de belles méthodes*, mientras que en verdad todo lo material oculta, según él, un lado interno espiritual. Spinoza, por el contrario, con su negación de un dios personal y su mitigación del corte cartesiano entre las dos sustancias, fue el “izquierdista” entre los filósofos del siglo xvii. De acuerdo con ello fue denigrado, y sólo el movimiento de protesta del 1770 lo alzó sobre el pavés.

En su conservación de peldaños anteriores, la filosofía muestra un parentesco con el arte. La progresividad quisiera atraer al arte, como a la filosofía, hacia el bando democrático-socialista-revolu-

cionario; quisiera que apoyase al político que defiende la dignidad humana y la paz. Pero el arte (semejante al sueño) tiene también, entre sus funciones, la de dar acogida a estratos anímicos e imágenes del universo desplazados de la lucidez racional de lo cotidiano, salvándolos como contrapeso de ésta y haciéndolos apagarse en lo irreal. No obstante, mientras eso es legítimo en el arte, en la filosofía ocurre *per nefas*, contra su más propia misión. Mediante lo arcaico, el arte se hace bello; la filosofía, retrógrada.

IV

Hasta aquí hemos visto cómo filósofos individuales o corrientes filosóficas tomaron posiciones vueltas hacia atrás. Pero eso no era nada necesario, pues otros se decidieron de otra manera. Desde el siglo XIX, y de manera agudizada en el nuestro, surge, por el contrario, una nueva situación causada por el refinamiento de las ciencias. Ahora, la filosofía en cuanto tal —al menos tal como ella había venido entendiéndose a sí misma—, produce una impresión anacrónica y parece inadecuada a nuestra época. No sólo, según parece, se deciden los filósofos de manera retrógrada, sino que la filosofía como modo de pensar y como intención es retrógrada. Ciertamente que no lo es *por naturaleza*, pero se ha *convertido* en tal por la marcha de la razón.

La filosofía (como también, de otra manera, la religión) apunta todavía a la totalidad, a la unidad. La ciencia, en cambio, se hace exacta limitándose a los detalles. Comparada con el grado de especialización de ésta, la filosofía, que todavía quiere abarcar al mundo en un puño, resulta cosmosiva y, dada la complicación de las cosas, infantil en sus pretensiones. Y no es sólo que el *ethos* de la exactitud cese de plantear la pregunta por el todo, ya que toda solución habrá de ser acientíficamente subjetiva, sino que la pregunta misma —que, en sí, todavía podría estar justificada— se hace irrelevante. La ciencia encuentra interesante también lo singular, lo mismo que la pintura siguió el camino que va de los cuadros históricos a las tres manzanas de Cézanne. La ciencia comprueba empíricamente; la filosofía especula y saca conclusiones de razón que, con frecuencia, ni siquiera son constriñentes como tales, sino dirigidas por los sistemas y constructivas, como: “El centro de los actos con que nos referimos al mundo debe ser extramundano”, “Puesto que el espíritu objetivo es obra del hombre sólo le corresponde un ser psíquico”, “La alienación del mundo estriba en que

es desconocido, por tanto, el conocimiento nos lo hace cada vez más familiar” — *tot syllogismi, tot errores*.

Después que la filosofía, exagerando lo reflexivo, atascada en sus tradiciones, cediendo a los subjetivismos, quedó detrás de sus posibilidades, frecuentemente por culpa propia, hoy, por desarrollos externos a ella, ha quedado totalmente desprovista de credibilidad. Ya se pide en voz alta que se la disuelva como disciplina aparte, para repartirla, como investigación de fundamentos, entre las distintas ciencias.

V

Hay, manifiestamente, tipos siempre iguales de inclinación y de talento a quienes, acairóticamente, una compulsión platónica los obliga a ser, aunque la época no los llame. Los visionarios responden a una necesidad popular, aun cuando la fe en un futuro prefijado esté refutada. En la época de los rayos Röntgen y Laser, una señora del tercer piso se cura la más grave de las enfermedades con té. Dentro de la filosofía, incluso después de existir ya la fenomenología, los neokantianos y filósofos de la reflexión no se han retirado. Puede que, de forma análoga, esto valga también para la filosofía en su totalidad.

En la dura vida de la era primitiva no había espacio para el filósofo. Tuvo que dirigir sus fuerzas a la pseudomórfosis del sacerdocio; las cavilaciones, si es que nacieron y se atrevieron a asomar, habrán sido objeto de risa mil veces. Entretanto, después de dos milenios y medio que pusieron al filósofo sobre el trono, los tiempos vuelven a no ser buenos para él. Situado antes a la cabeza, va quedando relegado al séquito. Su instinto para la más elevada unidad, para el último En-sí, para el eterno *a priori*, para la esencia y el sentido, es hoy un mal instinto. Comienza a ser sobreviviente de una cultura desaparecida. Si las especies vetustas desarrollan a veces formas estrafalarias, también él. Es la esfera de las sendas perdidas (*Holzwege*). Medio venerable, medio blanco de sonrisas, va el filósofo por la universidad, y en su desesperación, se arroja sobre la teoría de la ciencia, feliz de haber encontrado todavía una tarea actual.

VI

En Platón, la filosofía, más moderna, entierra a la anticuada poesía. Todavía con Hegel, la filosofía entierra al arte. Entre tanto, las ciencias están enterrando a la filosofía. Las antiguas rivales,

superadas en conjunto, pueden darse la mano. Análogamente al catolicismo y protestantismo, e incluso al judaísmo y cristianismo, se arriman unas a otras en un mundo en que, todas, no son ya más que atavismos.

Pero eso de que la poesía pertenece sólo a un peldaño ya sobrepasado y que la filosofía la podría sustituir, fue un error de la filosofía. Surgió de un pensamiento ascensional demasiado rectilíneo. Por encarnar una nueva forma de racionalidad, la filosofía puso "bajo" sí a todas las otras formas del espíritu y las declaró superfluas en adelante. En realidad, esas otras formas no están supeditadas a la filosofía, sino que se hallan junto a ella con igualdad de derechos. Ni son desalojadas, ni auxiliadas por la filosofía. En tanto la poesía mira y configura desde un espíritu preconceptual, permanece imprescindible para nosotros. Sin embargo, después de haberse ganado en racionalidad filosófica, tiene que acontecer un cambio de la poesía y una redefinición adecuada al cambio de su situación. Se convierte en poesía romántica. Y con eso, en polémica con la racionalidad, que ya le niega el derecho a existir, se hace poesía en un sentido más eminente y específico que nunca. La rivalidad le ayudó a lograr una nueva posibilidad de ser ella misma.

En una situación semejante a la que en su tiempo atravesó la poesía frente a la filosofía, se encuentra hoy la filosofía frente a la ciencia. Tiene que llevar a cabo una revolución análoga a la de la poesía en el Romanticismo. Lo mismo que la ciencia cree corregir a la imagen natural del cosmos y, sin embargo —como sabemos desde Dilthey, Bergson y la fenomenología—, pasa por alto muchas cosas de esa imagen, precisamente por los métodos a que debe su éxito, así también pasa por alto muchas cosas filosóficas. A esto no lo contradice el que, en otros aspectos, sea superior a la filosofía. Por eso, la filosofía debe rechazar hoy todo lo que pueda entregarle a la ciencia, lo mismo que la pintura, después de ser inventada la fotografía, rechazó la función reproductiva o le dio un nuevo sentido. Limitándose a lo que entonces le quede, la filosofía será tanto más ella misma. Y lo mismo que hoy ha concertado la paz con la poesía y no se cree más progresista que ésta, podría también, por su parte, dejar de ser un escándalo y una locura para la ciencia. Pero si lo sigue siendo, no es por su propia impugnabilidad, sino por la falta de comprensión de la ciencia. Su carácter controvertible será indicio de la alteridad específica que la distingue.